

Entre el amor y la furia de Maruja Martínez Castilla:
Prejuicios de género, actitudes machistas y discursos chovinistas
en un testimonio peruano

Lady Rojas Benavente
Concordia University, Montreal, Canadá

En la literatura peruana, el Inca Garcilaso de la Vega y Felipe Guamán Poma de Ayala, presentaron una visión de la civilización inca en: *Comentarios Reales de los Incas* (1609, 1617) y *Nueva corónica y buen gobierno* (1615), mediante géneros aproximados a la historia. El primero, afirmó nostálgicamente en lengua del padre español las historias cuzqueñas que le contaron en quechua sus familiares maternos¹; y, el segundo, cuestionó el hegemonismo eurocentrista de los conquistadores europeos que les permitió usurpar y posesionarse del Nuevo Continente. Poma asentó, por escrito su crónica con ilustraciones pictóricas, la cosmogonía andina de un pueblo con lenguas y culturas propias, exigiendo el legítimo derecho de recuperar su identidad y reino americanos frente al sometimiento de fuefeños, “Los yndios son propietarios naturales deste rreyno y los españoles naturales de españa aca en este rreyno son estrangeros”.²

Las escritoras, a partir de 1980³ incursionan en dichos géneros que intercalan la biografía, la oralidad y la confesión para dar otras versiones de la realidad.⁴ Escogemos, *Entre el amor y la furia. Crónicas y testimonios* (1997) de Maruja Martínez Castilla

¹ Eduardo Galeano muestra esa dualidad cuando afirma: “Una mano pertenece a su padre, capitán de Pizarro. La otra es de su madre, prima de Atahualpa, que ese capitán humilló y arrojó a los brazos de un soldado. Como América, el Inca Garcilaso de la Vega ha nacido de una violación. Como América, vive desgarrado.” (*Memoria del fuego I. Los nacimientos*. 1989, 206).

² *Ibid*, p. 212.

³ Consideramos como muestra de dicha efervescencia dos obras, de Hilda Quintanilla, *Confesiones de una maestra. Novela tipo testimonio* (Lima: Ediciones Capuli, 1988) y de Betty Yabar, *En un rincón de los Andes. Testimonio sobre Ch'eqec* (Lima: Instituto de Pastoral Andina, 1994).

⁴ Entre los testimonios orales destacan: de Louise Mauffette-Leenders y traducción de Gloria Maigler, *Women of Zaña* (London, Ontario: Heart Links, 2001) que presentan las historias de ocho mujeres peruanas en sus propias palabras; e *Hijas de Kavillaca: Tradición oral de mujeres de Huarochirí* (Lima: Ediciones Flora Tristán y CENDOC-Mujer, 2002).

(Jauja 1947- Lima 2000), porque la autora participa en la gestación del movimiento socialista del Perú durante las décadas de 1970 y 1980, milita en grupos de izquierda luchando por la justicia social. El título de la obra, *Entre el amor y la furia*, sitúa la posición subjetiva entre dos polos vitales y cognoscitivos que conjugan sentimientos poderosos, uno de imaginación y utopía para conseguir un país libre y el otro de acción, dura reacción y fracaso. Martínez se inspira de *El sonido y la furia* (1929), novela de William Faulkner, ganador del Premio Nóbel de Literatura por ser el mejor cronista de los Estados Unidos del sur. Además, el subtítulo, *Crónicas y testimonios*, indica los géneros colindantes al histórico y la vocación polifónica de la labor para inscribir su propia historia dentro del engranaje político del Perú. Abre las pistas a la hermenéutica de la recepción para que el lector entienda las contradicciones de una historia atravesada por dos dictaduras militares y dos gobiernos elegidos, incapaces de solucionar la pobreza ni la crisis económica y política de represión que empujaron al país a la guerra sucia más sangrienta de América del sur de 1980 al 2000.⁵

En ese contexto de descalabro nacional, a partir de 1960, los jóvenes estudiantes e intelectuales políticos se lanzan al campo y adoptan el rol de guerrilleros. Los militantes clandestinos y/ o legales en grupos de izquierda, combaten el sistema opresivo mediante la protesta pública y las movilizaciones urbanas y campesinas e intentan transformar la sociedad capitalista y de clases en una más humana e igualitaria, también idealista y utópica como notaremos en la obra estudiada.

⁵ Los dictadores son: Juan Velasco Alvarado (1968- 1975) y Francisco Morales Bermúdez (1975- 1980); y los presidentes elegidos: Fernando Belaúnde (1980-1985) en su segundo gobierno y Alan García (1985-1990) en su primero.

La organización estructural de *Entre el amor y la furia* contiene: la presentación, “Una apuesta por la esperanza” de Gonzalo Portocarrero, el breve prefacio de la autora y ocho secciones de narrativa. Para comprender el proceso de la escritura y las condiciones de producción textual revisamos el prefacio. La autora traza en él, los mecanismos internos que la conducen a adoptar géneros literarios y personajes que se adecuan a una perspectiva histórica anticolonial de la política y cultura nacionales. Empieza con una entrevista oral a Juanita, empleada de la familia y testigo del coloniaje andino. La caracteriza como “uno de los personajes más queridos de mi infancia” (17), perteneciente al valle del Mantaro, región de donde proviene Martínez. Señala el objetivo del diálogo, “un nuevo intento de reencontrarme a mí misma –esta vez con mis raíces-” (17). Sin embargo, la memoria individual boicotea el deseo, “choqué una y otra vez con mis propios recuerdos.” Juanita le cuenta la historia de explotación de los indígenas en la hacienda y de usurpación de domicilio, que no coincide con la visión infantil *in illo tempore* de Martínez. Ese contraste le advierte el carácter reivindicativo de su empresa que permea un pasado de enfrentamiento entre ricos poderosos y víctimas pobres. La autora lanza otra pista de reflexión sobre la escritura que se apoya en la fenomenología del recuerdo, “tal vez esto podía ser una especie de regreso a mí misma, una catarsis, o un intento de reconciliación con la propia vida./ No rencor, me dije, sino memoria” (17). Al mismo tiempo, que somete la otra historia al filtro del recuerdo personal y la conjuga con las experiencias colectivas, establece el carácter liberador y performativo del testimonio.

En “Sobre haciendas, servidumbre y otras vergüenzas” título sugestivo del primer relato, el lector capta los efectos nocivos de la historia colonial que se extiende durante cinco siglos y toca las relaciones sociales, étnicas, políticas, económicas y de género. La

entrevistadora emprende el rumbo recordatorio para entenderse a sí misma en su relación amorosa y colérica con una nación que la decepciona. Cada evocación imprime una huella afectiva que le impide saber si el hecho narrado es verdadero o no, “Así, todo lo que hay aquí escrito quizás no es exactamente la realidad. Y sólo yo soy responsable de lo que mi memoria y mis sentimientos retuvieron” (17). Este proceso doble, según Paul Ricoeur en *La Mémoire, l’histoire, l’oubli* (2000) requiere de *mneme* y *anamnesis*, el pathos y la búsqueda del pasado. En ese sentido, la protagonista asume una perspectiva subjetiva consciente y acepta la historia de Juanita; ambos sujetos imprimen sus voces polifónicas sobre ese lado oscuro de la medalla siniestra de la Historia peruana que involucra el silenciamiento de los desposeídos y desplazados del Perú.

Otro elemento clave del prefacio enuncia el contexto político del militanismo de la testimoniante y afirma que proyecta imágenes, “... de aquéllos que por muchos años me acompañaron en el sueño de la revolución, de la justicia y la solidaridad, muy pocos de los cuales aparecen en este libro” (17). Selecciona a ciertos personajes y a causa de su visión personal que altera recuerdos, se disculpa, “por todos, particularmente por aquéllos con quienes compartí el intenso período comprendido entre 1972 y 1985, la azarosa vida de la Liga Comunista” (18). Con el fin de validar su propósito confesional y darle cierta coherencia a las otras versiones que pueblan su relato, la autora inserta en su obra, “cartas que escribí o me escribieron, documentos, algunas notas de periódicos o revistas” (18); menciona que ha tomado dicha libertad sin el consentimiento de los autores. La intención textual del testimonio presenta situaciones de rebeldía y oposición frente a la opresión del gobierno central para que los lectores conozcan el proyecto utópico y de combate izquierdista en su afán de instaurar la “revolución permanente”. Mediante el análisis

crítico, examinaremos el alcance del propósito anticolonial en los relatos, que centran su interés en la posición de las mujeres militantes, que converge con la cuestión de géneros y la reproducción del poder político de los dirigentes.

La incursión de mujeres universitarias y profesionales en el militatismo político nacional fue uno de los fenómenos sociales que marcó a las generaciones del 60 y 70. Propulsaron reformas estudiantiles, culturales y colectivas, en un ambiente rebelde, hippie y romántico. Debido al centralismo urbano de la capital Lima, los provincianos desde fines del siglo XIX, salen del seno del hogar buscando mejores horizontes e independencia.⁶ De su parte, la joven Maruja se muda en 1968 de Jauja a Lima, e ingresa a la Universidad Católica a los 17 años, época de la revolución cultural mundial. Funda con otros estudiantes el Frente Revolucionario de Estudiantes Socialistas –FRES- después de repartir un volante conmemorando el aniversario del pueblo cubano cuando a la cabeza de Fidel Castro, Haydée Santa María, el Che Guevara y otros dirigentes tomaron el cuartel Moncada. La revolución cubana influye en los movimientos disidentes de América latina. El FRES promueve una educación crítica que responda a las urgentes necesidades, los militantes forman círculos de estudios, alfabetizan a gente obrera y editan *Rebelión*, una publicación política con finalidad política. La simpatizante Maruja educada en la mística y los dogmas de la religión católica, ingresa al Movimiento de Izquierda Universitaria con la aprensión de que no se trata de “los comunistas” (84). En ese frente amplio aprende todas las actividades de la vida estudiantil: elecciones de sus representantes, redacción, edición y distribución de volantes. Se moviliza contra la *International Petroleum Company*, que explotaba los recursos nacionales en el primer

⁶ Sobre el testimonio de migrantes andinos, léase, “18 biografías de pobladores” en *Las barriadas de Lima, 1957* de José Matos Mar (1977: 167-225).

mandato del presidente demócrata Fernando Belaúnde Terry (1963-68). Desde 1968, con el gobierno militar de Juan Velasco Alvarado empieza el bautismo de fuego político de Maruja Martínez, la policía la reprime y encarcela por su lucha anti imperialista.

Entre el amor y la furia explora las fricciones ideológicas de las izquierdas durante dos décadas sobre la política, economía, sociedad, religión y también cómo abordaron la cuestión de los géneros y/o escamotearon los derechos de las militantes. En el testimonio, Maruja Martínez Castilla subraya su actuación de casi veinte años en el seno de Vanguardia Revolucionaria, el Partido Obrero Marxista Revolucionario y la Liga Comunista de tendencia trotskista-inglesa. Anhela desenmascarar cómo se representaba a la mujer comprometida y qué expectativas tenían dichos grupos. La militante cuestiona la misoginia en el movimiento izquierdista, denuncia la falta de crítica en las posiciones políticas y percibe la división entre los dirigentes burócratas, activistas y las masas. Los problemas internos y las tensiones en las interacciones de los miembros de los partidos la afectan física, afectiva, social e intelectualmente y la impulsan a comprender los cambios paulatinos en su actitud, tímida al principio, luego impugnadora y finalmente disidente.

Una vez incorporada a la vida orgánica del Partido político, Martínez adopta el pseudónimo de Tania,⁷ viaja con los ojos vendados hacia un campamento y se entrena militarmente. Desmonta un prejuicio sexista cuando exige “una razón política” que justifique la orden, “A ver, de la comida se encargará la camarada Tania”, y un dirigente contesta, “es lo más lógico, ¿no?”. Tania reclama, “no es lógico, no tiene ninguna lógica en un partido revolucionario... denme una razón política para que me encargue de la

⁷ En homenaje a la heroína alemán-argentina, Haydée Tamara Bunker Bider, que cayó junto al Che en Bolivia. Agradezco al escritor cubano, Mariano Rodríguez Herrera el obsequio de su obra *Tania. La guerrillera del Che* (México: Debolsillo, 2007).

comida”. Su protesta provoca un debate hasta que la ponen a “resguardar el armamento...” (119). Tania se subleva contra la acendrada costumbre de colegas que la limitan a tareas tradicionales de ama de casa, “Se supone que por ser mujeres debemos saber qué hacer. Tengo poca experiencia culinaria” (130). Su actitud desafiante demuestra que no entró al Partido para cumplir un papel auxiliar, sino que esperaba realizar cambios radicales y equitativos gracias a la utopía socialista que la animaba.

La misoginia de los izquierdistas reduce el comunismo a prácticas de normas estereotipadas en construcciones sexuales opuestas que no toman en cuenta ideales revolucionarios, aspiraciones igualitarias ni imperativos democráticos. Las actitudes pedantes e inhumanas del dirigente Turcios minan los afectos y las ilusiones de las militantes. Turcios se opone al pedido urgente de la militante Patricia para que organicen brigadas y socorran a las víctimas del terremoto de Huaraz en 1970 porque considera que es una labor religiosa y no política. Una pareja de dirigentes de clase acomodada los invita y Patricia les cuenta, “aquí se sienta Rafo cuando llega, y me encanta alcanzarle el periódico, pantuflas y café. ¿Ves a lo que lleva el catolicismo? Me espeta Turcios” (121). Tania se siente traicionada por Patricia porque se muestra intolerante cuando critica la rémora patriarcal y cree ingenuamente que los militantes sin educación y de manera mecánica e instantánea, transformarán las prácticas sociales, los comportamientos culturales dualistas y sexistas y las relaciones de género.

Poco a poco, Tania percibe las limitaciones, la inflexibilidad y los obstáculos de los izquierdistas que han asimilado prejuicios sexuales, no son conscientes del machismo ni de la domesticación femenina que reproducen a diario. Tampoco crean las condiciones que inciten el respeto e igualdad en sus organizaciones. Un incidente expone la torpeza

del responsable militar que se burla de la fe cristiana de Tania y la seduce en la noche pensando que ella cederá a sus caprichos. Tania se siente “furiosa... y defraudada” por el comportamiento seductor (121). Martínez induce que la ética revolucionaria no pone un freno a los impulsos sexuales o al abuso de poder de los militantes. La prueba es que la camarada explota cuando Aileen Jennings, secretaria y compañera de Gerry Healy, saca a la luz un secreto bien guardado en Inglaterra, el 1ero de julio de 1985, y denuncia la violación sexual de 26 camaradas en su país y el exterior por parte del gurú trotskista de la *Workers Revolutionary Party* (248-49).

En los ejercicios de tiro se manifiestan modelos patriarcales y complacientes de los instructores hacia las militantes que, según ellos, demuestran debilidades pequeño-burguesas. Tania expresa su impaciencia, “Ya me está comenzando a molestar esto de que por ser mujer me traten como a una idiota” (121). Presenta un caso irónico que mueve a risa porque, contrariamente a las expectativas de los dirigentes, ella es hábil en el manejo de las armas y aprende a disparar, mientras que un varón hace el ridículo. A través de la práctica, la imagen femenina y burguesa de “niña de la Católica” de Tania se esfuma momentáneamente. Como ser humano acostumbrado a una rutina sin mayores exigencias ni formación adecuada frente a los ataques de fuerzas policíacas, siente miedo de su falta de preparación y desconfía de sí misma cuando la ponen a caminar “por cerros pelados y escarpados... Creo que no lo lograré. Que luego no podré, cuando haya que subir cerros de verdad, con armas de verdad, con lucha de verdad...” (121).

Ese primer entrenamiento militar presenta múltiples facetas de hombres y mujeres que no alcanzan todavía a superar los peligros con fortaleza y estoicismo. Los militantes temen exponer sus flaquezas y sentimientos y los dominan para no ser juzgados mal. No

obstante en otro ejercicio, Tania lanza una bomba artesanal, ocasiona un accidente cuando vuela una esquirra y daña la rodilla del dirigente. Se siente culpable e inútil y se auto desprecia, “Me odio, me siento una pulga, una basura”. Cuando le pide al camarada que se haga curar, él le contesta con falso orgullo, “ya, camarada, no ha pasado nada, no te preocupes. Y no olvides que no lo debes comentar con nadie. Nada de lo que ha sucedido aquí” (122). El caso ejemplifica la falta de sinceridad y el silencio que reina cuando cometen errores militares, sentimentales y políticos, en vez de aprender de ellos y solucionarlos en conjunto.

Los esfuerzos comunes para avanzar en la preparación del militante llevan el halo heroico de guerrilleros, el Che y Tania, que fieles a la revolución americanista fueron inmolados en Bolivia por el sueño de una patria continental y socialista. En la Tania de Jauja surge el espíritu alerta y valiente del guerrillero peruano, Javier Heraud, poeta que siente que la muerte lo ronda por su compromiso y escribe su determinación en *El río*, “No, no tendré miedo de morir entre pájaros y árboles...” (verso citado por Martínez 123).⁸ La narradora en “Afiches y policías” traza la batalla interna de 1970 que frena sentimientos y temores, ella empieza a detestar a la clase media a la que pertenece y critica la ignorancia política de la mayoría de militantes que aceptan principios y fundamentos teóricos sin discutirlos ni entenderlos. Tania denuncia el puro activismo sin “reuniones políticas, debates, donde yo pudiera expresar mis dudas y discrepancias” (171). Distribuye en pequeños grupos por la noche, el periódico *El proletario* para no

⁸ Javier Heraud murió asesinado en Puerto Maldonado, cuando herido él y su compañero Manuel Cabrera pedían clemencia al ejército que los abaleo en medio del Río, pensando que eran Hugo Blanco y su grupo guerrillero, listos a participar en un mitin del presidente Belaúnde. Léanse los testimonios que Cecilia Heraud Pérez ha recogido en su libro, *Vida y muerte de Javier Heraud (Recuerdos, testimonios y documentos)*, Lima: Mosca Azul Eds., 1989.

despertar sospechas de familiares o vecinos. El camarada Yomo que cumple tareas del Partido y trabaja en la fábrica Bata, la insulta, “Tú no entiendes nada porque eres una estudiante pequeño-burguesa” (124). Tania se siente humillada y se culpabiliza porque tiene trabajo, carro, apartamento y una familia. Parece que nadie se da cuenta que ha renunciado a su vida personal, estudios y que colabora a diario con su intelecto, compromiso político y contribución económica al desarrollo de la organización obrera en la fábrica. Pone su carro y tiempo al servicio del Partido, refuerza el trabajo de análisis político, escribe sus ideas, recuerda la propuesta transformadora de José Carlos Mariátegui, imprime y distribuye volantes, y a causa de su militancia, los policías la interrogan y apresan.

En la cárcel de Chorrillos se enfrenta con una realidad desconocida. Las jóvenes encarceladas tienen carencias familiares, educativas, políticas y también afectivas. Varias de las mujeres violadas, roban para mantenerse y creen que su fatal “destino” las acorrala a permanecer en la ignorancia y el margen (190). La camarada Tania les explica su empresa política, “los comunistas queremos la justicia social, que no haya pobres, que todos tengan trabajo, que los niños tengan que comer, que vayan al colegio...” (189). Se da cuenta que su retórica socialista no impacta al principio y exclama, “Cuánta gente así hay en nuestro país. Y cómo haremos la revolución si ni siquiera nos entienden, si ni siquiera conocen el concepto de justicia...” (189-90). Las dificultades son grandes para las mujeres pobres y enfermas. La doctora no dispone de medicinas y sabe que nadie se preocupa de ellas, “Aquí hay una concepción paternalista. Les gusta que los fondos vengan a través de donaciones y no pedir nada al Estado” (192). Martínez ironiza sobre la retórica reglamentaria de la prisión, vacía de sentido y significación, cuando reporta

subrayando las contradicciones, “Dicen que hay que bañarse todos los días, y en el penal sólo funcionan tres duchas para ciento cincuenta internas... cuando hay agua, pues la totalidad de los tanques de los pabellones están malogrados... Dicen que tenemos que cambiarnos diariamente de ropa interior, y no hay agua para lavar la ropa...” (192).

El mensaje de la carta de Rosa Luxemburgo, que escribió desde la cárcel a una amiga en 1917, mantiene alerta a Tania que conserva su ética y no se deja abatir por “las miserias” (191) cotidianas; pero no la libra de sufrir una depresión con tendencia suicida porque cuando sale de la cárcel, el Partido la aísla durante un año, sin darle ninguna explicación. Al contrario, la testimoniante señala que “hay prohibiciones de hablar conmigo. Me han acusado de hacer un trabajo de fracción. Hasta han dicho que delaté” (209). La castigan sin razón y cuando la retoman deja de ser dirigente. Al cúmulo de frustraciones se suma el acoso constante que la indigna, “aquí soy poco menos que el enemigo dentro de la dirección nacional” (216). Como consecuencia de purgas internas y férreas disciplinas no tiene la posibilidad de defenderse, se multiplican las fracciones, las expulsiones y los abandonos. La renuncia de Martínez, después de casi dos décadas de militatismo, coincide con su denuncia abierta de la incompetencia de Hugo Blanco a dirigir la lucha del campesinado, el endiosamiento del Jefe, la falta de seriedad en el estudio teórico, el uso y abuso de sus energías físicas y mentales, su negación a aumentar la cotización a más del cuarto de su sueldo y a abandonar el trabajo que le asegura el sustento diario y la compra de medicinas para curarse. El máximo jefe la encara y le muestra quien tiene el poder, “¡Te atreves a desafiar esta dirección...! ¡Propongo la suspensión de la camarada Teresa, del comité central y de toda responsabilidad en el Partido!” (251).

Al final del proyecto idealista de lucha en contra de la rémora colonialista y capitalista del Estado, en la entrada del diario del 9 de abril de 1987, Martínez reflexiona sobre el dogmatismo y sectarismo que los grupos políticos de izquierda adoptaron, “creo que si algo he aprendido en el último año y medio, es precisamente a entender y respetar a quienes no piensan como yo, sin arrogancias. He aprendido que los errores de la gente... son parte de un proceso personal y colectivo a la vez... que no es una línea recta, sino que consiste de saltos, retrocesos, de aciertos y errores.” Cierra el parlamento y abre la posibilidad de “conducir la propia libertad, desde la libertad de manejar la vida cotidiana, hasta la libertad de dudar, de cuestionar y también de no creer...” (159). El amor a colegas sensibles, amigas y poetas refractarios, y a una patria igualitaria y el sueño de la justicia popular quedan más o menos intactos, pero fuera de la militancia que le produjo tanta furia y desilusión.

Si la historia testimonial y cronista de la literatura peruana reclama desde la llegada de los conquistadores, los derechos ancestrales de los pueblos fundadores de una gran civilización, las obras de fines del siglo XX intentan inscribir las páginas que militantes como Tania la jaujina, han trazado con su compromiso político e ideológico para que nuestra nación republicana acoja en su seno a las mujeres valientes y dispuestas a luchar por la igualdad. Concluimos confirmando que la narrativa contra el olvido de *Entre el amor y la furia* adopta los géneros de la crónica y el testimonio, mediante los cuales el sujeto ex militante recuerda, critica, resiste y libera a la comunista Maruja Martínez en dos frentes. Primero, contra la política colonialista del sistema capitalista, sus gobiernos elitistas, patriarcales y dictaduras militares impunes y, por otro lado, revela que en su militancia al interior de los partidos de izquierda del Perú, misóginos, clasistas

y represores, no supieron inventar soluciones ni abolir prácticas sexistas, autoritarias y conservadoras en sus propias instituciones para que las mujeres, como ella, que se comprometieron a la transformación socialista, se sintieran respetadas y consideradas agentes de cambios políticos, ideológicos y socio-culturales que facilitarían la equidad de géneros.

Bibliografía

Galeano, Eduardo. *Memoria del fuego I. Los nacimientos*. México: Fondo de Cultura Económica, 1989.

Heraud Pérez, Cecilia. *Vida y muerte de Javier Heraud (Recuerdos, testimonios y documentos)*. Lima: Mosca Azul Eds., 1989.

Hijas de Kavillaca: Tradición oral de mujeres de Huarochirí. Lima: Ediciones Flora Tristán y CENDOC-Mujer, 2002.

Matos Mar, José. "18 biografías de pobladores". *Las barriadas de Lima, 1957*. Lima: 1977: 167-225.

Martínez Castilla, Maruja. *Entre el amor y la furia. Crónicas y testimonios*. Prefacio de Gonzalo Portocarrero, "Una apuesta por la esperanza." Lima: SUR Casa de Estudios del Socialismo, 1997.

Mauffette-Leenders, Louise. Traducción de Gloria Maigler. *Women of Zaña*. London, Ontario: Heart Links, 2001.

Quintanilla, Hilda. *Confesiones de una maestra. Novela tipo testimonio*. Lima: Ediciones Capuli, 1988.

Ricoeur, Paul. *La Mémoire, l'histoire, l'oubli*. Paris: Du Seuil, 2000.

Rodríguez Herrera, Mariano. *Tania. La guerrillera del Che*. México: Debolsillo, 2007.

Yabar, Betty. *En un rincón de los Andes. Testimonio sobre Ch'eqec*. Lima: Instituto de Pastoral Andina, 1994.